

MURO DE RODA

Encaramado sobre la elevación montañosa que separa los valles del Cinca y de La Fueva se encuentra uno de los recintos fortificados más excepcionales del Alto Aragón, de Aragón en su conjunto: Muro de Roda. Se trata de un maravilloso otero visible desde buena parte de las tierras que conforman la histórica comarca de Sobrarbe, desde el que se descubre hacia el Norte Peña Montañesa y la cadena pirenaica como inigualable telón de fondo, hacia el Este con las remansadas aguas del embalse de Mediano y la comarca de Sobrarbe en toda su extensión, hacia el Oeste con el valle de La Fueva a los pies cerrado por la sierra de Campanué, y hacia el Sur, en dirección al valle del Ebro hacia donde se abre camino el cauce del Cinca.

Un punto inigualable, estratégico y neurálgico para todas las tierras y lugares de los alrededores, situación y posibilidades ya apreciadas por el ser humano desde tiempos remotos. Sobre todo desde los largos siglos medievales y la continua reconquista que casi en sus albores ya se vivió por estos contornos. En esos casi primeros momentos del segundo milenio, allá por el siglo XI, cuando fue necesario fortificar el Pirineo y sus tierras sitas hacia el Sur según se iba recuperando el territorio a los musulmanes.

Esos instantes en los que se erigieron múltiples sistemas defensivos para proteger lo ganado y para comunicarse entre sí para prevenir cualquier contingencia. Para ese fin construyeron a veces simples torres de vigía, levantando en otras ocasiones notorios castillos con todos los elementos fundamentales para desarrollar la vida y propiciar la protección de la zona. Así, desde este punto se distinguen los restantes castillos desparramados por el entorno con los que se comunicaba Muro de Roda, como Troncedo, Buil o, también dentro del término de La Fueva, el otro gran conjunto defensivo situado en otro inusual emplazamiento que es Samitier.

El origen de Muro de Roda está ligado a esos iniciales momentos de la reconquista y el consiguiente asentamiento humano que se propiciaba. Su construcción se debe a los sucesivos intentos de recuperar el terreno propiciadas por Sancho III el Mayor, por Gonzalo que llegó a dominar Sobrarbe y Ribagorza, y por Ramiro I y sus sucesores, dando lugar a la fortificación del territorio para su control y defensa. Eran los iniciales momentos de este enclave denominado entonces, hacia el año 1050 cuando se documenta esta fortificación, *Muro maiore* o, lo que es lo mismo, Muro mayor.

Muro de Roda surgió, como queda apuntado, allá por los lejanos tiempos medievales del siglo XI. En aquellos momentos ya se dejó su gobierno a un tenente, es decir, aquella persona a la que el rey donaba el castillo y sus lugares aledaños para su cuidado, protección y explotación, en recompensa a los servicios prestados. Y, poco más o menos así, como una tenencia medieval, llegó su situación y estructura hasta mediados del siglo XX, cuando toda esta zona se despobló y todos sus núcleos se deshabitaron. Y así llegó porque Muro de Roda, desde la cima en la que se encarama, seguía ejerciendo el poder, seguía siendo el centro de referencia en lo administrativo –ayuntamiento– y religioso sobre todas esas pequeñas agrupaciones de casas que conformaban el término municipal en que se había convertido Muro de Roda.

Unas aldeas, en ocasiones solitarias casas, diseminadas por todas las vertientes de la montaña sobre la que se sitúa el recinto amurallado. Conjunto de aldeas y casas aisladas que configuraban un poblamiento disperso, en las que encontrar buenos ejemplos de arquitectura popular, así como capillas y alguna que otra casona de grandes proporciones e interesantes elementos compositivos. El Plano, El Pamporciello, Fumanal, Casa Carrera, La Corona, Sosiad, La Plana, La Lecina, Casa Montero y Ministerio, además de las habitadas de Aluján y Lumo, conformaban el territorio de aquella antigua tenencia medieval, han configurado el territorio hasta fechas recientes del ya desaparecido término municipal de Muro de Roda.

Denominación esta de Muro, por otra parte, que hace alusión a aquellos lugares para cuyo asentamiento se habían elegido enclaves elevados, oteros desde los que controlar todas las inmediaciones y que se encontraban, además, rodeados de una muralla, de un muro. Topónimo repetido en otros puntos con similares condiciones y características, en los que se estableció un pequeño recinto que

daría paso al asentamiento humano, a un pueblo, siendo buenos ejemplos los cercanos Muro de Bellós y Muro de Solana. Recintos en los que se protegían personas y animales en ocasiones de peligro.

Inicial denominación que pronto cambiaría por la actual de Muro de Roda, al pasar a tener relación a partir de 1068 con la sede episcopal de Roda de Isábena, tras la dotación que dio Sancho Ramírez a este capítulo de algunas posesiones en Muro. Relación mantenida con esta sede, al igual que con el cercano monasterio de San Victorián, hasta el año 1836 con la conocida desamortización de Mendizábal.

Ermita de San Bartolomé

COMO YA SE HA APUNTADO, sobre un espolón montañoso se construyó el recinto fortificado de Muro de Roda. Su acceso se realiza por una pista que parte de Tiarantona y que, tras pasar por varios núcleos deshabitados de su otrora municipio y por una constante subida en su parte final, deja a las puertas del conjunto. Allí donde ya se empiezan a descubrir las maravillosas panorámicas que ofrece este paraje.

Es en este punto donde se emplazan las primeras construcciones de Muro. En concreto el primer edificio que hubo en este lugar, levantado unos años antes que el castillo. Es la ermita de San Bartolomé, un singular edificio del siglo XI, uno de los inmuebles medievales de mayor interés y antigüedad del Alto Aragón. Se compone de una nave techada con bóveda de cañón prolongado, la cual se cierra y culmina en su cabecera con un ábside plano, abriéndose a ambos lados dos capillas a modo de crucero.

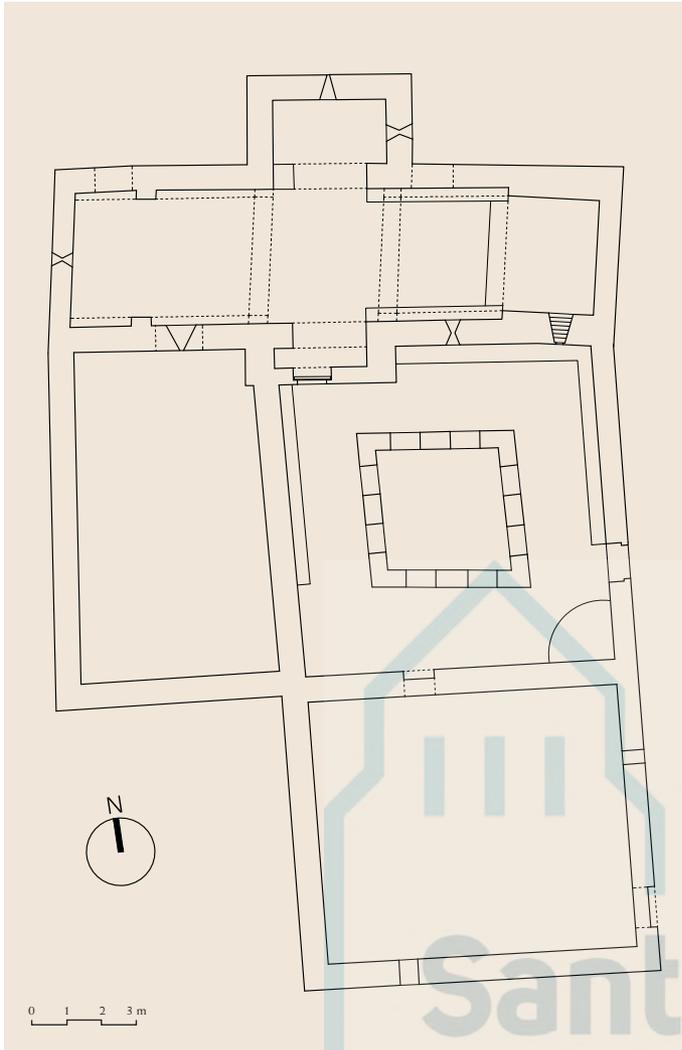
Aledaño se encuentra otro edificio de más reciente construcción, cuyo estado de conservación es de total ruina. Una

construcción de dos plantas que en su día, hasta que llegó la despoblación a estas tierras allá por los años 50 y 60 del pasado siglo, acogía en la parte inferior a los niños procedentes de todos los pequeños pueblos situados en las laderas adyacentes, de esos pueblos ya deshabitados y en ruinas que conformaban el municipio de Muro de Roda. Parte inferior destinada a la escuela, mientras que la superior se destinaba a ayuntamiento de dicho municipio, de todas esas aldeas que poco a poco van quedando en el olvido.

Entre ambos, entre el edificio del concejo y la ermita de San Bartolomé, todavía existe un espacio singular, unas partes constructivas de interés. Un espacio rectangular que hacía y hace las veces de pequeño claustro, cuyas alas se componen de dos arcos de medio punto y en cuyo centro se sitúa un aljibe, correspondiendo el mismo a una ampliación realizada en el siglo XVI, a esa centuria en la que también se llevaron a cabo algunas transformaciones en la aldea ermita de San Bartolomé, siendo la más notoria la que afectó a su cabecera y a su reconversión hacia su actual fisonomía plana.



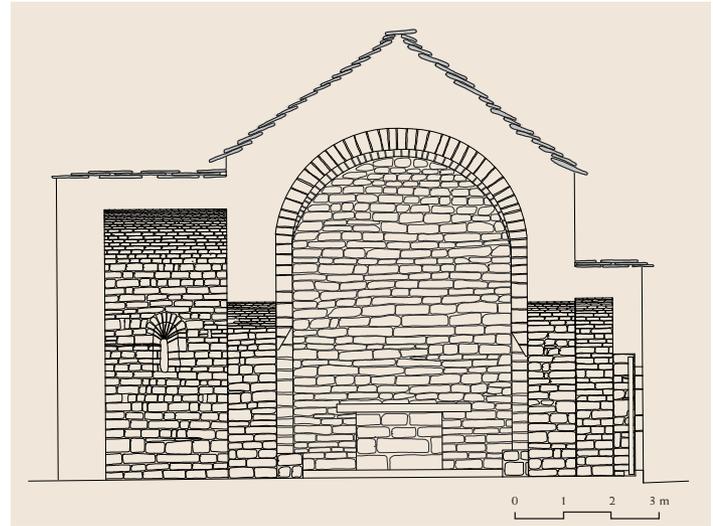
Vista general



Planta

A ese momento se refiere el pergamino encontrado en su altar, actualmente conservado en el Museo Diocesano de Barbastro-Monzón, que nos documenta cómo fue consagrado el altar de este templo el 3 de agosto de 1537 por el obispo de Filadelfia, Bernardo Jordán.

Texto y fotos: JLAF - Planos: SVM



Sección transversal



Interior

Bibliografía

ARAMENDÍA, J. L., 2001b, pp. 80-83; ESTEBAN LORENTE, J. F., GALTIER MARTÍ, F. y GARCÍA GUATAS, M., 1982, pp. 281-285; GARCÍA GUATAS, M. (dir.), 1992, II, pp. 157-161; IGLESIAS COSTA, M., 2003-2004, 3, pp. 138-146.

Conjunto defensivo

PERO, CON TODA SEGURIDAD, lo más destacado es el conjunto que se encuentra sobre el cerro contiguo de mayor altitud. Ese conjunto que llama poderosamente la atención tanto en la aproximación hasta este lugar como desde el emplazamiento de la ermita de San Bartolomé ya vista. Que seguirá llamando la atención según se encaminen

los pasos hacia su puerta, a la par que se irá ganando en panorámicas inigualables y se compruebe su prácticamente inexpugnable sistema defensivo.

Así hasta llegar a los pies del recinto fortificado, que en todo momento se ofrece inconmensurable e inalcanzable, de difícil conquista. Y ello se debe a su estructura y partes



Iglesia de Santa María y restos de la muralla

Planta del conjunto



compositivas, a su largo amurallamiento y al resto de construcciones –fundamentalmente la iglesia de Santa María y la ermita de Santa Bárbara– que cierran por todos sus lados este imponente recinto defensivo. Asentado sobre un pequeño resalte rocoso, su protección e inaccesibilidad se consigue con una larga muralla de más de 150 m de longitud levantada

por su parte este, por la más accesible. La misma cierra el espacio habido entre las citadas iglesia y ermita, y se compone de varios lienzos murados de mampostería entre los que se intercalan cuatro exiguos cubos semicirculares que, además de la protección, imprimen carácter y singularidad –por no hablar de belleza pese a su simplicidad– a esta muralla.



*Ermita de San Bartolomé
y conjunto defensivo*

Levantada originalmente a la par que la iglesia, es decir, allá por los tiempos de la reconquista y fortificación de las líneas fronterizas entre los cristianos y los musulmanes, fue objeto de varias reformas y modificaciones a lo largo de las centurias siguientes, siendo las más importantes las efectuadas en torno a los siglos XVI y XVII. Reformas y transformaciones que afectaron, o que dieron lugar, a la elevación y relleno interior en altura de buena parte de la misma, dejando un símil de paso de ronda o de guardia que también le confiere singularidad. Asimismo, otra de las reformas fue la apertura de la actual puerta de ingreso aledaña a la fábrica de la iglesia, compuesta por un arco de medio punto con rampa de acceso, elementos –todos ellos– que hacen retrotraer la mente hacia aquellos siglos, que nos trasladan hacia los tiempos medievales y los iniciales de la época moderna. Sistema amurallado, por último, que se completa con el exiguo murete que cierra la zona oeste, construido más para evitar caídas al vacío que produce el altivo resalte rocoso por este

lado que para la defensa, la cual ya se conseguía y consigue de forma natural.

Entre ambas construcciones religiosas, entre la iglesia de Santa María y la ermita de San Bartolomé, queda el amplio recinto del castillo, en el que se encontrarían las dependencias necesarias para su vida y protección. Como también se encuentran las ruinas de los edificios levantados para los fines del lugar, del otrora municipio, como la abadía, diversas construcciones auxiliares de la misma y el cementerio.

Texto y fotos: JLAF - Plano: SVM

Bibliografía

ARAMENDÍA, J. L., 2001b, pp. 80-81; ESTEBAN LORENTE, J. F., GALTIER MARTÍ, F. y GARCÍA GUATAS, M., 1982, pp. 281-285; GARCÍA GUATAS, M. (dir.), 1992, II, pp. 161-162; IGLESIAS COSTA, M., 2003-2004, 3, pp. 138-142 y 152; SAGREDO GARDE, I., 2007, pp. 140-143.

Iglesia de Santa María

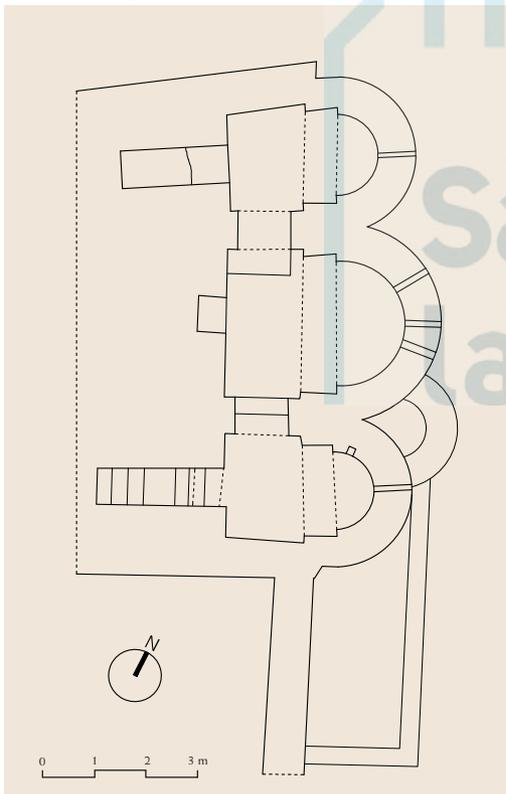
CERRANDO AMBOS LADOS DEL CONJUNTO defensivo se encuentran la iglesia de Santa María y la ermita de Santa Bárbara. La primera es el edificio más destacado

de todo el conjunto, cuya fábrica sobresale por su fisonomía, esbeltez, proporciones y la silueta que aporta al resto del conjunto. Es una sorprendente y bella construcción románica

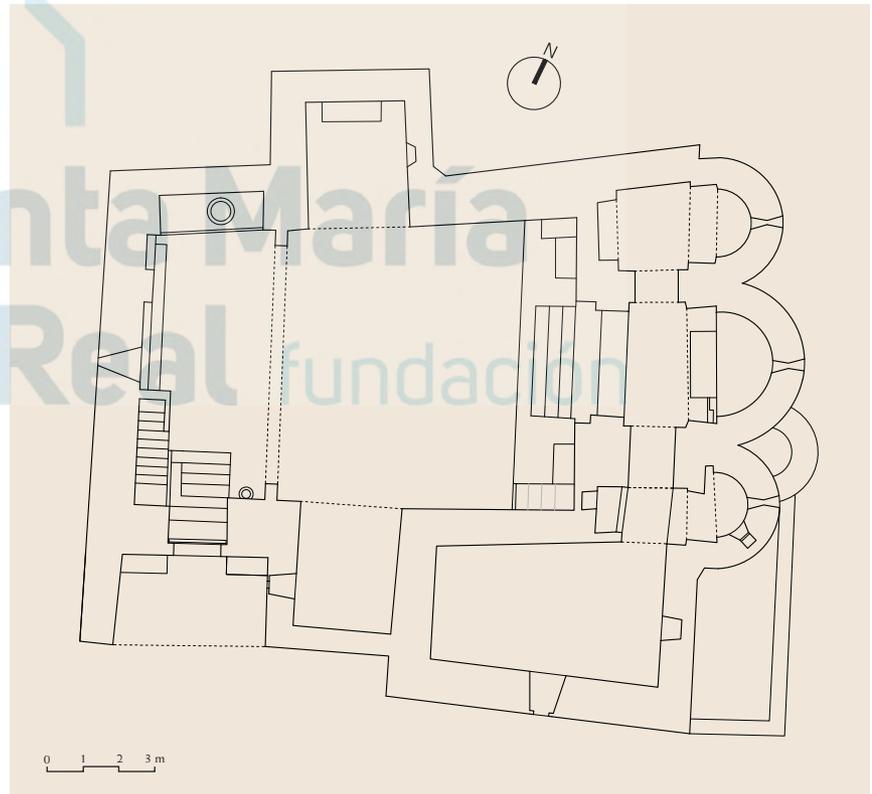


Iglesia y restos de la muralla

Planta de la cripta



Planta



levantada hacia mediados del siglo XII, cuyo exterior llama poderosamente la atención por la altivez de su cabecera, por la altura y esbeltez de sus tres ábsides semicirculares, que cuentan con ventanas abocinadas de arco de medio punto en

su parte superior, y finas y alargadas saeteras en la inferior correspondiente con la cripta. Cabecera de la iglesia sobre la que se eleva una sobria y defensiva torre de planta cuadrada, cuya factura actual también corresponde a las sucesivas

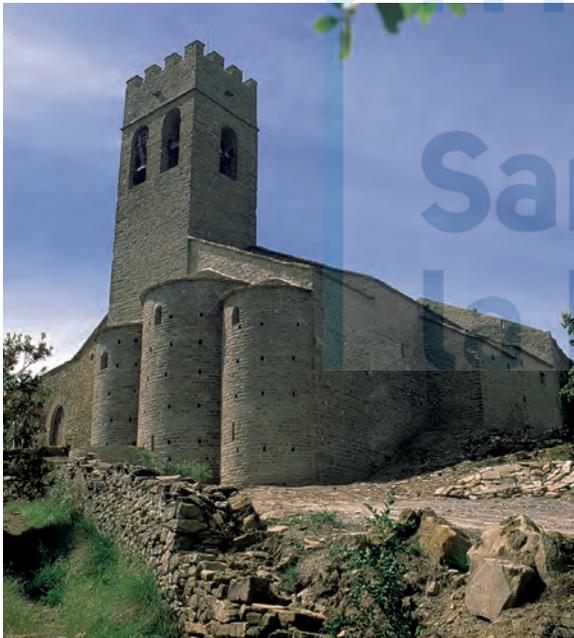


Alzado este



Sección transversal

Vista general



Ábside



modificaciones realizadas en los siglos siguientes, sobre todo las del siglo XVI. Exterior que se completa con los muros laterales, especialmente el del lado meridional, en donde se abre una lonja o pórtico fechado en el siglo XVIII que cobija la puerta de ingreso de arco de medio punto del XVII.

Una vez traspasada dicha puerta aparece el amplio espacio interior, a su vez dividido en dos partes claramente diferenciadas. Por un lado, la cabecera propiamente dicha, los

tres ábsides semicirculares techados con bóveda de horno, cuya factura corresponde a la etapa inicial medieval del XII. En la parte inferior de los hemiciclos, accesible en su momento por ambos lados, se encuentra una cripta que reproduce la misma planta superior de los tres ábsides, formándose así tres espacios intercomunicados por arcos de medio punto. La cripta se ilumina a través de las finas aspilleras, ya comentadas en el exterior.

La otra parte de la iglesia es la nave propiamente dicha. Ofrece en la actualidad una gran planta rectangular techada con bóveda de cañón ligeramente apuntada, producto de la reforma efectuada en este edificio entre fines del XV e inicios del XVI. Es entonces cuando, al parecer, se suprime la anterior configuración de tres naves que aún delatan los correspondientes ábsides y el lugar donde arrancaban las columnas, por la que se ofrece ahora ante los ojos. Nave, asimismo, en la que se abren sendas capillas, una por cada lado, datables en el siglo XVI, completándose con el coro del XVIII y con unas curiosas y populares pinturas murales dieciochescas, de gusto barroco.

Mientras se realizaban las labores de restauración ya aludidas, que afectaron especialmente a su exterior, se descubrieron con gran sorpresa, pues no habían sido expoliadas como en tantas otras iglesias y ermitas del Alto Aragón, la teca y el acta de consagración en el interior del altar principal.

Allí se localizaron la cajita de madera o lipsanoteca y sendos documentos. Uno muy deteriorado escrito en letra carolina y fechado a mediados del siglo XII, correspondiente al acta de consagración inicial, y otro fechado en 1496 haciendo alusión a la reconsagración de la iglesia, correspondiendo a este instante las citadas obras de transformación del interior de este edificio, cuando se sustituyen las tres naves románicas por la que ha llegado hasta nuestros días.

Texto y fotos: JLAF - Planos: SVM

Bibliografía

ARAMENDÍA, J. L., 2001a, pp. 84-86; ESTEBAN LORENTE, J. F., GALTIER MARTÍ, F. y GARCÍA GUATAS, M., 1982, pp. 281-285; GARCÍA GUATAS, M. (dir.), 1992, II, pp. 160-165; IGLESIAS COSTA, M., 2003-2004, 3, pp. 147-151; SAGREDO GARDE, I., 2007, pp. 144-145.

Ermita de Santa Bárbara

POR ÚLTIMO, LA ERMITA DE SANTA BÁRBARA sita en el extremo opuesto a la iglesia. Se levanta en el XVI, cuando también se llevan a cabo las citadas reformas de la muralla, a la que se acopla esta construcción hasta el punto de realizar un paso de ronda en la parte superior de su cabecera. La fisonomía del edificio es sobria, con su puerta dovelada de arco de medio punto dando acceso a la nave de planta rectangular techada con bóveda de cañón, crucero conformado por sendas capillas y con doble cabecera a modo de otras dos capillas, sobre las que se sitúa el citado paso de ronda.

Bibliografía

ARAMENDÍA, J. L., 2001b, pp. 85-87; ESTEBAN LORENTE, J. F., GALTIER MARTÍ, F. y GARCÍA GUATAS, M., 1982, pp. 281-285; GARCÍA GUATAS, M. (dir.), 1992, II, p. 165; IGLESIAS COSTA, M., 2003-2004, 3, pp. 152-153; SAGREDO GARDE, I., 2007, p. 146.

Texto y foto: JLAF

Vista general



Interior

